

## LA LITURGIA EN EL PURGATORIO DE DANTE

### SEGUNDA PARTE

#### 4 - *Liturgia para curar la acedia*

Al llegar a la cuarta cornisa del Purgatorio, Dante le preguntó a Virgilio:

¡Oh dulce padre mío!, dí, ¿qué ofensa  
se purga en el espacio en que ahora estamos?  
y él: "Cuándo el amor del bien se apoca,  
aquí, según lo justo, se restaura:  
aquí se apura el demorado remo".

(XVII, 82-87)

Como era de noche, y Dante no veía por el momento nada que lo ilustrase acerca del estado de los pacientes de este piso, Virgilio, el "buen maestro", se adelantó con una explicación más amplia sobre ese "amor del bien" que es Dios.

Si os tira lento amor a contemplarlo  
o a conquistarlo, aquí en esta cornisa,  
tras justa compunción, se lo azuza.

(XVII, 124-132)

Aquí se curan los arrepentidos de pereza de voluntad para moverse hacia Aquel que sin embargo los atrae. ¿Y por qué esta pereza? Porque el camino es largo, arduo, costoso; entonces el alma se acobarda y apoltrona.

Al mismo Dante le pasa algo así tras tanto andar y después de la larga y difícil explicación de Virgilio, que le adelanta lo que

aún le queda por subir y recorrer. Pero esto le vendrá bien para comprender a los acédicos...:

Yo, que la razón abierta y llana  
de mis preguntas ya había acogido,  
vago me estaba y como sofoliento...

(XVIII, 85-87)

Fue él quien preguntó, y entendió cómo ha de amarse a Dios, pero otra cosa es ponerlo en práctica! Bien puede decirse que está atacado de acedia. Experimenta lo que observa Santo Tomás: "la acedia surge de la repugnancia de lo carnal a lo espiritual<sup>1</sup>, es aquello contra lo cual el Señor puso en guardia a sus discípulos: *El espíritu está pronto, pero la carne es flaca*<sup>2</sup>. Y es lo que le pasó al "joven rico" del Evangelio: no se animó a seguir a Jesús, no se entregó por completo a su amor. La acedia es un descuido (como lo dice la palabra griega ακηδία): el pecado de descuidar el Bien Divino. Dante, a quien Dios ha llamado y concedido peregrinar hacia Él, se desánima y se deja estar...

Pero me fue quitada esa modorra  
de súbito, por gente que venía  
tras de nosotros...  
...Por el giro...a grandes pasòs  
los vi venir, y como cabalgando  
en buena voluntad y justo deseo.

(XVIII, 88-96)

El poeta ha empleado, emplea y seguirá empleando imágenes hípicas para describir el aquí renovado impulso y los ejercicios de estos penitentes. Corren a toda prisa, como cabalgando un carro de doble tiro: un caballo es la *voluntas ut natura*, la tendencia natural hacia Dios, y el otro es la *voluntad libre* o libre arbitrio; de ellas habló Virgilio en su lección. Y ahora este segundo "equino" que era el acédico remolón se pone a la par del primero porque ellos lo acicatean dándole rienda, o dicho negativamente como lo hace el poeta poco después:...*que vienen refrenando la acedia*<sup>3</sup>.

Estas imágenes hípicas recuerdan a las de Platón en el *Fedro* donde muestra la voluntad humana dividida entre su ímpetu natural

1. *Suma teológica* 2a.2ae.35.

2. *Mc* 14, 41.

3. En italiano: *dando all'acidia di morso*.

al bien y una desidia que la frena y a la que hay que acicatear, describiéndolas también con un doble tiro de caballos<sup>4</sup>. Y la idea es semejante: correr o volar, es desear. Tal es ahora el ejercicio de estas almas. Parecido asimismo al que describe San Juan de la Cruz: *tan solo en amar es mi ejercicio*; pero mientras que el místico español se refiere al amor que ya contempla y goza del Dios amado, estos penitentes están en la fase de "desearlo".

Dante parecé recoger, además, la sugerencia de San Pablo sobre *correr una carrera*<sup>5</sup> para conquistar el premio de verlo: estas almas van en pelotón, como en una estimulante competencia. Y los que la encabezan incitan a los que siguen, lanzando a viva voz las dos brevísimas lecciones cual otros tantos latigazos de acicate:

Nos alcanzaron pronto, pues corriendo  
la magna turba entera se movía;  
y adelante, llorando, dos gritaban:  
"María a la montaña corrió presta",  
y: "César, por poner dominio a Lérica,  
hirió a Marsella y luego corrió a España.

(XVIII, 97-102)

Primero, como es habitual, el ejemplo de María; luego el de Julio-César, como razonando: si por cosa de tan poca monta corrió él, ¡cuánto más nosotros deberíamos imitar a nuestra Madre! En ese episodio aludido, el de la Visitación, Ella, sin pensar ni en su embarazo ni en lo arduo del camino montañoso, corrió a contemplar la maravilla que Dios hizo en su prima Isabel y a llevarle la suya. María, la cristiana prototípica, enseña aquí la "diligencia" que hay que oponer a la pereza acédica: la que brota del amor, como la misma palabra lo indica: de "diligere". Diligente es quien se apura hacia el objeto de su dilección.

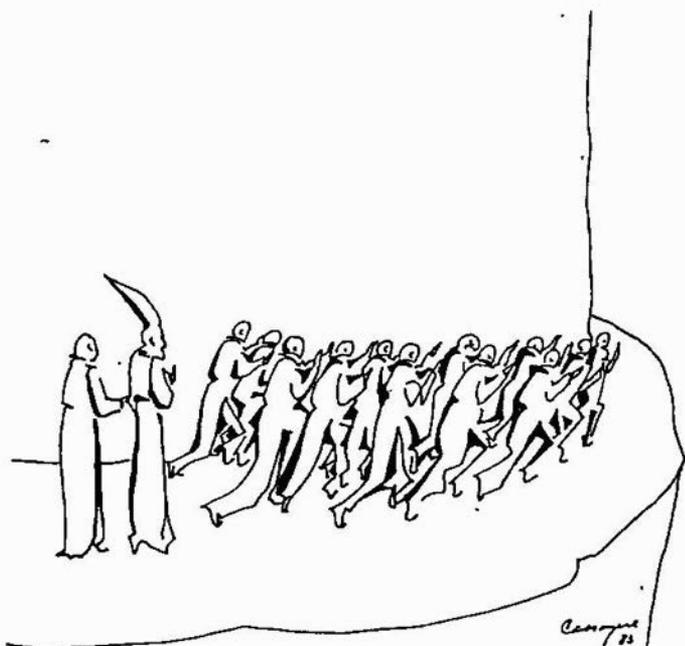
Por ello la oración de los acédicos penitentes consiste en pedir que se les aumente el amor. Es lo que Dante oye clamar a todos, tras las breves lecciones acicateadoras:

¡Pronto, pronto, que el tiempo no se pierda,  
por escasez de amor!, gritaban los demás,  
¡que al buen desear la gracia reverdezca!

(XVIII, 103-105)

4. Ver mi artículo "Eros y Philia". De la concepción platónica al testimonio de San Gregorio de Nacianzo, en *CuadMon.* 95

5. *1Co* 9, 25-27.



¡Pronto, pronto, que el tiempo no se pierda  
por escasez de amor!», otros gritaban  
que así hostigando vienen a la acedia.

- *Turgatorio*, l. XVIII -  
- 4ª cornisa -

Breve oración también, como sólo le es posible a corredores, y que evidencia además aquella relación entre orar y desear, de la que hablaba San Agustín en su carta a Proba: "Constantemente oramos por medio de la fe, de la esperanza y de la caridad, con un deseo ininterrumpido". ¿Habrà pensado en esto Dante, al verlos correr después de la medianoche a la luz de esas tres "estrellas"?

Al menos a partir de esa hora, resurge en Dante mismo el ansia de Dios: pura gracia, puro don, sin que intervengan las cuatro naturales virtudes cardinales. Es notable: en este rellano lo humano pasa a segundo plano. Casi no hay diálogo por el correr, que es "desear". La única alma que le dice algo es para advertirle:

Tran grande ansia de avanzar nos colma  
que no hemos de parar, perdona...

(XVIII, 115-116)

No cabe sino apurarse tras los corredores, cuya velocidad es tal que en seguida se oyen las últimas lecciones, dichas por dos de retaguardia:

Detrás de todos iban, y decían:  
 "Murió aquel pueblo al cual el mar abrióse  
 antes que el Jordán viese a su simiente,  
 y aquel que no sufrió todo el esfuerzo  
 en que el hijo de Anquises persistiera..."

(XVIII, 133-137)

Son dos claros ejemplos de desesperación, una de las "hijas" o tristes consecuencias de la acedia. Como la meta les parecía tan lejana y dudaban de alcanzarla por las vicisitudes ya padecidas, algunos compañeros de Eneas renunciaron a seguir y se quedaron en Sicilia, donde murieron sin llegar al Lacio. Lo mismo que el pueblo elegido, citado primero, al que sacó Moisés de Egipto: aunque vio abrirse el Mar Rojo y pasó a pie enjuto por él, el pueblo hebreo olvidó pronto las "magnalia Dei" en el penoso desierto, y pecó por desconfianza. Ambos se desanimaron por las pruebas y dificultades, y no llegaron... ¿Castigo de la acedia? Sí, pero en cuanto es su resultado. Así, los penitentes son animados a perseverar hasta ver el objeto de su esperanza.

En cuanto a Dante, todavía le es dado experimentar otra de las "hijas" de la acedia: el peligroso divagar de la mente con que suelen distraerse y evadirse quienes desganadamente se dejan estar, sin correr a su meta:

Luego, me penetró un pensamiento,  
 del cual nacieron otros, y diversos,  
 y tanto divagué del uno al otro  
 que entrecerré los ojos muellemente,  
 y el pensamiento en sueño transmuté.  
 ....  
 Vino a mi sueño hembra tartamuda,  
 con bizcos ojos y torcidas piernas,  
 manca de manos y de color lívido.  
 Yo la miraba.....  
 y mis ojos pronto la soltaban  
 la lengua por entero, y el marchito rostro  
 como quiere el amor le coloreaban.  
 ....  
 "Yo soy" , cantaba, "soy dulce sirena

que a los marinos en el mar distraigo:  
¡tan grande es el placer con que me oyen!"  
"Yo aparté a Ulises de su curso errante  
con mi cantar, y aquel que a mí se adapta  
pocas veces me deja: ¡tal lo atraigo!"

(XVIII, 141-145; XIX, 7-24)

Con el divagar de la mente, viene la ensoñación: la fantasía se desata hasta prestarle a la horrible imagen del principio los rasgos atractivos y seductores de la sirena, que distrae y aparta de la buena ruta. Y esta distracción, efectivamente, lo absorbe tanto a Dante que Virgilio debe sacudirlo y llamarlo tres veces para que reaccione. Aún así, confiesa que no puede librarse de la fantasía que lo "obsesiona" y lo "subyuga". Entonces el buen guía le advierte:

Pues viste, dijo, a aquella antigua bruja  
que hace llorar a muchos acá arriba...

(XIX, 58-59)

De este modo, Dante aprende el paso estrecho que lleva de la acedia a los pecados que verá purgar en los tres pisos de arriba que le restan: la codicia, la gula y la lujuria. Es que al descuidar el Bien Divino es atrapado por otros bienes engañosos que pretende, o se le vuelven atractivos: riquezas, placeres, sensualidad. Son evasiones, distracciones pasajeras, y no sacian sino frustran el auténtico anhelo humano.

Pero como esta experiencia tiene lugar en un ámbito de gracia, se le enseña asimismo cómo librarse de tales decepcionantes engaños. Al final del sueño se le ha aparecido a Dante otra mujer "honesta, santa y diligente" que desenmascaró a la fantasía: al levantarle las ropas, la que parecía sirena exhaló un hedor de muerte. Virgilio le apunta entonces: "Viste cómo de ella el hombre se desprende". Se trata de descorder el velo de las apariencias y ver la verdad: riquezas, sensualidad, placeres, son bienes falaces.

¡Qué Dante ponga en práctica lo aprendido en la cornisa de los acédicos! Puesto que entre el sueño y la explicación de Virgilio, el Ángel ya cumplió su rito declarándolo entre los "felices que serán consolados" con la visión divina, ¡que responda a su llamado y vuele hacia él!

Y esto es lo que bellamente describe el poeta con imágenes del deporte de la caza, aplicados a la caza del Sumo Bien.

Al decirle el maestro:

...¡Bate los talones!  
mira el reclamo que en lo alto gira  
el Rey eterno con las ruedas magnas.

su ansia lo hace lanzarse como el ave a su presa:

Como el halcón que mira sus dos patas,  
luego responde al grito y se remonta  
por el ansia del pasto que lo atrae,  
así hice yo...

(XIX, 61-67)

### 5 - Liturgia para curar la avaricia

¡Qué contraste entre el salto que acaba de dar Dante en alas del deseo de Dios y del gozo de la caridad recientemente adquiridos, y lo que ve apenas pisa el quinto rellano de la montaña! Así el poeta, con exquisito arte, marca el abismo que va entre anhelar el pasto celestial —verdadero alimento del alma—, y ansiar riquezas y bienes terrenales —¡decepcionante polvo!—

Cuando salí de pronto al quinto giro,  
vi gente que a lo largo de él lloraba  
yaciendo en tierra, toda vuelta abajo.  
"Adhesit pavimento anima mea"  
les oía decir entre suspiros  
y su palabra apenas se entendía.

(XIX, 70-75)

"Mi alma se pegó al suelo". El versículo 25 del *Salmo* 118, que les oye decir y que describe su postura, les reaviva la pena de su pecado: la avaricia, y les hace suspirar por Dios de quien los alejó. Dante se da cuenta de la gracia que esto significa: así va madurando en ellos el amor. Se acerca a uno y se inclina

diciéndole: "¡Oh alma en cuyas lágrimas  
madura aquello que hacia Dios nos vuelve...!"

(XIX, 91-92)

Y el alma, que resulta ser la del Papa Adriano V, se lo confirma. Tras informarle que su brevísimo pontificado (poco más de un mes, en 1276) fue la ocasión de arrepentirse de su anterior

avaricia, y ponderarle la gravedad de este vicio, subraya, al final, ese penoso pero a la vez gozoso madurar:

Tardía fue mi conversión, ¡ay mísero!,  
mas cuando llegué a ser pastor romano  
descubrí que la vida es mentirosa,  
que allí el corazón no se aquietaba,  
que no puede subirse en esa vida,  
y así se me encendió el amor por esta.

Hasta ese punto, innoble y apartada  
de Dios estuvo mi alma, en todo avara:  
de ello hago ahora penitencia.

Lo que hace la avaricia aquí se muestra  
en las almas que purgan boca abajo,  
y en el monte no hay pena más amarga. ~

Así cual nuestros ojos no se alzaron,  
siempre fijos en cosas terrenales,  
aquí justicia al suelo nos los vuelve.

Así cual la avaricia extinguió todo  
amor al bien y nos quitó las obras,  
tal la justicia aquí nos tiene fijos,  
presos, todos ligados, pies y manos;  
y cuanto plazca al Señor más justo  
tanto estaremos quietos y tendidos.

.....

Ahora vete ya, no te detengas:  
porque tu estancia aquí me traba el llanto  
con el que yo maduro lo que has dicho.

(XIX, 106-141)

Las almas lloran en otros estadios purgatoriales, pero aquí es lo único que pueden hacer, postradas y atadas como están, de pies y manos. El ex pontifice explicó por qué: pues el codiciar riquezas les extinguió el amor a Dios y les impidió realizar aquellas obras mediante las cuales, en vida, se manifiesta este amor: las obras de misericordia. Es lo dicho por Nuestro Señor:

Porque tuve hambre; y no me disteis de comer;  
tuve sed, y no me disteis de beber;  
estaba desnudo, y no me vestisteis;  
estuve enfermo, y preso, y no me visitasteis;  
fui peregrino, y no me hospedasteis...

Y al preguntarle los discípulos "¿Cuándo, Señor; te vimos con hambre, o con sed, o desnudo, o enfermo, etc....?", les contesta

llanamente: "Cuando visteis así a uno de vuestros hermanos, y no lo socorristeis"<sup>6</sup>. Las obras de misericordia son la prueba del amor a Dios, por lo que a su vez declara San Juan: *Si alguien dice amar a Dios y detesta a su hermano, es un mentiroso: si no ama al hermano que ve, ¿cómo va a amar a Dios al que no ve?*<sup>7</sup>.

El amor a las riquezas liga y aprisiona; estas se convierten en una pesada carga que inmoviliza, como se ve en el caso de los usureros que están en el *Infierno*<sup>8</sup>, sentados por el peso de sus bolsas que les penden del cuello. En el *Purgatorio* se muestra cómo "ata las manos y los pies", es decir, aquellos miembros destinados a acudir y ayudar al prójimo. Pero aquí están los arrepentidos, y en compensación de lo que no hicieron en vida se les concede sufrir esa atadura e impedimento y disolver con el llanto el resto de egoísmo que les queda: esas "ligaduras" que sienten como barrotes de su propia prisión...<sup>9</sup>. Poco después, el poeta explicita esta imagen al mostrar las lágrimas como el medio de fundir esa prisión metálica, describiendo a estos penitentes como *la gente que funde gota a gota por los ojos el mal que al mundo ocupa*. (XX, 7-8), comentando que es el pecado más difundido "esa hambre sin fin y tenebrosa".

Asimismo vuelve a destacar el otro rol, tan eficaz, de las lágrimas: son como un riego que hace madurar en el alma el buen deseo de Dios hasta que ella lo da a luz. Así, describe a una: como cuando en su trance está la parturienta (XXII, 21).

Y en verdad podría llamarse el piso de las parturientas a éste, en el cual las almas, nada pueden hacer para apurar el alumbramiento de su "sed de Dios"; nada, sino estarse quietas aguardando, respirando y llorando durante su trance... Hasta podríamos decir, siguiendo el símil sugerido por las imágenes de Danfé, que la liturgia las ayuda como partera.

El salmo 118, cuyo versículo 25 oyó Dante en boca de una de esas almas, pide insistentemente poder cumplir la ley de Dios, esa ley que Jesús resume en *amar a Dios y al prójimo* y que implica

6. Mt 25, 31ss.

7. Jn 4, 20.

8. *Infierno*, canto XVII.

9. También Shakespeare pinta al avaro como a un "encerrado". Lo llama "shylock", sugiriendo que pone un cerrojo en su corazón, y describe su casa como una prisión con rejas para proteger sus riquezas. Véase mi artículo: *El mercader de Venecia. Valores de una sociedad cristiana*, en *Valores* n° 8, 1986.

las "obras". Es el salmo más largo: largo y siempre igual como un parto difícil; y en algunos momentos hay pedidos de auxilio angustiosos, muy aplicables a ese trance: clamores de quien quiere, y no puede, salir a andar por el camino de los mandamientos. Expresan encierro y estrechez de corazón, y el deseo que le sea ensanchado. De este tipo son algunos de los versículos que siguen al citado por el poeta:

Inclina mi corazón a tus preceptos, y no al interés (36)

Mi alma llora de tristeza, consuélame con tus promesas (28)

Apártame del camino falso, y dame la gracia de tu voluntad (29)

Me apegué a tus preceptos, Señor, no me defraudes (31)

Correré por el camino de tus mandatos / cuando me ensanches el corazón (32)

Reanímame con tus palabras... (25)



"Lo que hace la avaricia, aquí se muestra:  
así cual nuestros ojos no se alzaron,  
siempre fijos en cosas terrenales,  
aquí justicia al suelo nos los vuelve."

-Turgatorio, c. XIX -  
- 5ª cornisa -

En respuesta a estos pedidos, actúa la "partera"; revigoriza a estas parturientas con lecciones breves que pone en sus propios labios. Dante describe que cada una de ellas las emplea de acuerdo con sus necesidades, entre quejas y jadeos:

Íbamos con paso lento y espaciado,  
atento yo a las sombras, que sentía  
llorar piadosamente y lamentarse,  
y por ventura oí "¡Dulce María!"  
llamar junto a nosotros, como llora  
cuando en su trance está la parturienta,  
y proseguir: "Tan pobre tú te hallabas,  
como se puede ver en el hospicio  
donde expusiste la sagrada carga".

(XX, 16-24)

¡Realmente estimulante esta lección! Recordar a María en su propio parto y mencionar su "sagrada carga", tanto por contraste como por semejanza: contraste con el peso metálico que rechazan, semejanza con la sed divina que maduran y quieren dar a luz. Y no menos importante: apreciar la virtud de la pobreza tanto como la generosidad, mostrados en los otros dos ejemplos: el de un cónsul romano alabado por San Agustín en la *Ciudad de Dios*, y el de San Nicolás, obispo de Bari:

Seguidamente oí: "¡Oh buen Fabricio!  
virtud quisiste junto con pobreza  
mas no riqueza poseer con vicio".

.....

Ella hablaba además de la largueza  
que hizo Nicolás a las doncellas..:

(XX, 25-32)

A continuación, y a pedido de Dante, el alma a la que acaba de oír le completa la información acerca de la liturgia de este piso: la relación entre las oraciones y las lecciones, su distribución en la jornada, el modo de emplearlas; y empieza por aquel primer ejemplo del parto de Nuestra Señora, expresado a manera de "loa" —que le da el "leit-motiv" en sus cotidianos ejercicios— y Dante lo oye a la hora de *Laudes*!

Lo que decía de esa esposa única  
del Espíritu Santo...

le da respuesta a todos nuestros ruegos

durante el día; y cuando anochece  
tomamos el son contrario entonces:

De Pigmalión la historia repetimos,  
al cual traidor, ladrón y parricida  
lo hizo la glotona sed de oro;  
y la miseria del avaro Midas.

.....

Del loco Acán después nos acordamos,  
cual fueron sus despojos, y la ira  
de Josué aún parece que lo muerde.

Y a Safira acusamos y al marido,

.....

Por último gritamos todos: "¡Craso,  
di, pues lo sabes, el sabor del oro!"

Uno habla alto, el otro quedo,  
según sea el afecto que lo aguija,  
sea a un mayor, sea a un más corto paso.

En cuanto al bien que aquí de día es tema,  
no sólo yo lo razonaba, pero  
cerca nadie alzaba la voz entonces.

(XX, 97-123)

El efecto de las lecciones es un continuo "razonar" que va cambiando los deseos de estas almas. Claman y lloran, en la medida que son tocadas por aquellas. El mal gusto y la insulsez de las riquezas los asquean y en su lugar sufren, cada vez más, la sed de Dios, única bebida saciante, como dice el salmo 142: *Tengo sed de ti como tierra reseca.*

Dante comparte esta experiencia:

Esa sed natural que nada calma  
sino el agua a la cual la mujercita  
samaritana le pidió la gracia  
me atormentaba...

(XXI, 1-4)

Y como la sed de Dios —que es amor de Dios—, significa recibir sus justos mandatos y disponerse a ponerlos en práctica, como lo pide incesantemente el salmo 118, Dante merece al fin oír que su ruego fue escuchado. Purgado de avaricia, llega el Ángel a borrarle esa "P" y a aplicarle la bienaventuranza: "Felices los que tienen sed de justicia, porque serán saciados".

6 - *Liturgia para curar la gula*

San León Magno, en su *Sermón sobre las Bienaventuranzas*, al comentar *Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia*, enseña: *Amar la justicia no es otra cosa sino amar a Dios*. A su vez el poeta florentino aplica la bienaventuranza a los curados de codicia y de gula: a los primeros, a causa de la sed de Dios (que les quita la anterior sed de riquezas), y a los otros a causa del hambre de Dios (que reemplaza su hambre de manjares). Y para estos resulta particularmente esclarecedora otra explicación del santo y sabio Papa:

Esta hambre no desea nada corporal...; el objeto por-el que suspira es penetrar en el conocimiento de los misterios ocultos hasta saciarse del mismo Dios<sup>10</sup>.

Es, en una palabra, hambre de sabiduría.

Y precisamente Dante revive en esta sexta cornisa del Purgatorio aquel drama de la caída original en el que fue frustrado el apetito innato de la inteligencia humana. Al iniciar su recorrida, se topa con un árbol de frutas apetitosas y rociado por un licor misterioso que cae de lo alto. La disposición de sus ramas (en forma de triángulo invertido) lo hace inaccesible y de su fronda surge una voz que prohíbe comer de él:

Un árbol en el medio del camino  
con pomas de olor suave y excelente;  
y como abeto en lo alto se restringe  
de rama en rama, así este debajo,  
creo que para que nadie a él se subiese.  
.....  
Cae de la alta roca un licor claro  
que se esparcía abajo por las ramas,  
.....  
y una voz nos gritó entre las frondas:  
"Este alimento os puede costar caro".

(XXII, 131-141)

Este árbol figura al que en el Génesis es llamado "árbol del conocimiento del bien y del mal", del que comieron sin permiso nuestros primeros padres. Conocer el bien y el mal significa

10. San León Magno, *Sermón 95*, PL 464-465.

discernir por sí entre ambos; supone pretender ser como Dios: penetrar los misterios por sí mismo y no por gracia, y juzgar acerca de todo. ¿No es esto gula intelectual, hambre inmoderada de conocer, desborde de la capacidad y sobre todo de la regla y cauce que Dios otorgó a la inteligencia humana?

Como todo desborde, resultó catastrófico. Así como la razón humana dejó de subordinarse a Dios, así las pasiones se insubordinaron a la razón que les pone medida con dificultad, y sus requerimientos inmoderados de goces sensuales con frecuencia se le imponen, y la nublan y la engañan: ¡Comamos y bebamos, que después moriremos!

En este piso se encuentran almas frustradas, arrepentidas de tal engaño. Pensaron solamente en engullir y cebaron sus cuerpos, pero aquí se ve el resultado: almas flacas y anémicas.

Huecos y hundidos ojos nos mostraban,  
y pálida la faz, y tan enjuta  
que en los huesos la piel cobraba forma.

(XXIII, 22-24)

Esta descripción corresponde a la "apariencia" que asumen las almas separadas del cuerpo, mostrando su estado, como lo explica el poeta:

Según son los afectos y deseos  
la sombra los asume y los figura.

(XXV, 106-107)

Esta esquelética flacura evidencia el ayuno: el del buen pasto que hubiera nutrido a la inteligencia en vida, y también el ayuno que hacen por penitencia ahora. Dice una de las sombras:

Desde el designio eterno  
cae virtud al agua y a la planta  
que así me está azotando a tal extremo.

Toda esta gente que llorando canta,  
por seguir a la gula inmoderada  
en hambre y sed aquí se vuelve santa.

De comer y beber nos da apetencia  
el olor de los frutos y del agua  
que se derrama allí sobre lo verde.

Cada vuelta cumplida en el recinto  
al girar, nuestra pena se refresca:  
digo pena, más yo solaz diría,

pues tal deseo al árbol nos empuja  
 cual á Cristo gozoso al decir "Eli"  
 cuando nos rescató dando su sangre.

(XXIII 61-75)

Aprecian la penitencia como una gracia: "virtud del cielo" que se derrama sobre esas pomos y licor apetitosos para entristecerlos y alegrarlos a un tiempo. Esto está muy marcado. Lloran por no haberlas gustado en vida; lloran y cantan porque los tienen ante sí como una promesa que saben se va a cumplir, cuando la penitencia les termine de reavivar las ganas que no tuvieron entonces. Este tiempo purgatorial es un tiempo de transición entre "deseo" y "goce". Para gozar de un bien, primero hay que conocerlo. Lo bueno conocido enciende el amor, provocando el deseo. Y en esto consiste la gracia de esta penitencia. Cada paso por delante del árbol místico les abre más el apetito de Dios cuyo conocimiento representa esa sapiencia, esa ciencia sabrosa que los invita con su olor. Cada pasada parece convidarlos: ¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!. Y tal es la conciencia que tienen de que ese ejercicio los acerca al Bien saciante, que no temen compararlo con la agonía de Cristo en la Cruz: gozosa aún en el momento en que clamó: Eli, Eli, lamma sabaçtani —Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado—: ese abandono transitorio era el paso hacia el Padre. Y puesto que Jesús en el árbol de la Cruz asume a toda la humanidad descarriada, es a ella a la que también está acercando al Padre. Su inconmensurable pena es "Pascua": "paso" hacia el inconcebible gozo. El alma que está hablando con Dante lo sabe, y se somete de buen grado a la pena imitando a Jesús:

A beber me, han traído  
 el ajeno tan dulce del martirio.

(XXIII, 85-86)

¡Qué contraste con Adán y Eva! La prueba que ellos no soportaron, la soportan estos por penitencia. Lo que aquellos no hicieron —someterse a la condición impuesta por Dios para conocer— lo hacen estos, demostrando que las "condiciones" eran, allí como aquí, reconocerlo como Dios, fuente de toda inteligibilidad, pues de Él procede la íntima esencia y el sabor de las cosas cognoscibles: *Principio de la Sabiduría es el temor de Dios*. Sin esto, no hay ciencia sabrosa, no hay saber deleitoso. Habrá, a lo sumo, conocimientos empíricos superficiales o conocimientos abstractos

esquemáticos. Y el deleite profundo que no se encuentra con la razón autónoma ha de ser necesariamente compensado con gustos sensuales. Así resulta un "homo duplex": dividido entre la mente y el vientre, sin poder hallar la saciedad en ninguno de los dos. Dante hizo esta experiencia: oscilando entre la "donna philosophia" y otras "donnas non sanctas". Justamente, el alma con la que aquí dialoga es la de Forese Donati, su ex-camarada de juergas, pero ahora compañero en su avance hacia Dios, pues

ni el decir al andar hacía más lento,  
ni el andar al decir, por eso andábamos  
como nave empujada por el viento.

(XXIV, 1-3)

Y todos van así, como "peregrinos", "sin pararse", empujadas por la liturgia a la que se someten "devotas" (XXIII, 16-19). Está empieza por las lecciones estimulantes, dichas por la voz que habla desde el árbol:

Más pensaba María  
en el gusto y decoro de la boda  
que en su boca, que ahora os encomienda.  
Y a las romanas de antes, por bebida  
el agua les bastaba. El alimento  
despreció Daniel y adquirió sapiencia.  
El primer siglo, bello como el oro,  
con hambre hizo sabrosa a la bellota  
y néctar, con la sed, al arroyuelo.  
Miel y langostas fueron la vianda  
que alimentó al Bautista en el desierto:  
por eso es tan glorioso y grande  
cuanto en el Evangelio se nos muestra.

(XXII, 142-154)

Estos ejemplos animan a las almas a practicar su "ayuno", mostrándoles sus beneficios. El ayuno favorece para tomarle el gusto a todo aquello en que se manifiesta Dios: ya sea cosas creadas, como en el caso de las bellotas y el agua; ya sea revelaciones, como en los casos de los profetas Daniel y San Juan Bautista; sea en el prójimo, como lo demuestra nuestra Señora al interceder por él, tanto en las Bodas de Caná como en el cielo.

La figura prototípica de María, siempre colocada en primer término, vale también aquí para recordarles que la boca no sólo sirve

para engullir. Así como María la usa para interceder, así también en seguida, Dante oye que los penitentes abren la boca para orar:

Y llorar y cantar se oyó de pronto  
*Labia mea, Domine*, con modo  
 tal que deleite y pena en mí causaron.

(XXIII, 1-12)

Así como en la tierra, esta antífona tomada del *salmó* 50 inaugura el Oficio de la jornada en este piso del Purgatorio:

*Domine, labia mea aperies  
 et os meum annuntiabit laudem tuam*

Dejándose llevar por palabras inspiradas por el mismo Dios, los penitentes se disponen a celebrarlo. No podrían hacerlo si no fuera que esas palabras les ofrecen —como dice San León— una "pregustación de su dulzura". Cantan y lloran: cantan porque "pregustan"; lloran porque aún no "gustan" del todo. Y así pasan el día, cantando y llorando, hasta llegar a otro árbol similar al primero, y retoño también del árbol del Paraíso terrenal:

Vi las ramas vivaces y pesadas  
 de otro manzano...  
 Vi gente bajo él, alzar las manos  
 y gritar no sé qué hacía las frondas  
 cual niños anhelantes e impotentes  
 que ruegan y el rogado no responde,  
 y para agudizar aún más el ansia  
 mantiene en alto aquello que no esconde.  
 Luego partieron cual desengañados,  
 y nosotros nos fuimos hacia el árbol  
 que tanto ruego y lágrimas rechaza.  
 "Sin acercaros, proseguid la marcha:  
 más alto encontraréis el leño de Eva,  
 y de aquél esta planta fue tomada".  
 Tal decía una voz en el ramaje,  
 y nosotros seguimos y oímos;  
 "Recordad", decía ella, "a los malditos  
 formados por las nubes que, beodos,  
 a Teseo opusieron doble pecho;  
 y a los hebreos muelles para el vino  
 que Gedeón rechazó por compañeros  
 cuando en Madián bajó de las colinas".

(XXIV, 103-126)

Este otro momento litúrgico no sólo brinda lecciones "de culpas del gazzate / que tuvieron míseras ganancias" —la de los centauros insensatos por su ebriedad, y la de los israelitas que por detenerse a beber demasiado no merecieron ser escogidos para luchar y gustar la victoria del Señor—, sino también completa la actualización del drama del Paraíso terrenal con palabras de esperanza: a los hambrientos de sabiduría los alienta a seguir adelantando en esa ansia. Les promete con certeza que, una vez purificados, encontrarán el árbol original y se saciarán saboreando, al fin; el misterio divino.

Esta liturgia produce su efecto en Dante: lo deja meditativo, sin palabras, en plena "contemplación". Y así, prégustando el fruto prometido, le sorprende el ángel con su anuncio, como emanando ya el olor y el sabor del anhelado manjar espiritual:

Su aspecto me quitó toda la vista.  
 Y como, anunciatrix de los alborés,  
 el aura en mayo muévase y perfuma,  
 de flores y de hierbas impregnada,  
 así sentí un viento por la frente  
 y aún sentí el rumoreo de su pluma  
 que un efluvio me daba de ambrosía.  
 Y oí decir: "Beatos los que alumbra  
 tanto la gracia, que el amor del gusto  
 no les quema en el pecho por exceso  
 y siempre tienen hambre de lo justo!"

(XXIV, 142-154)

### 7 - *Liturgia para curar la lujuria*

Más liviano y ágil, Dante asciende las gradas indicadas por el ángel hasta alcanzar la séptima cornisa de la montaña. Va descargado por las seis penitencias anteriores y sólo le resta cumplir la de la lujuria. Pero antes de iniciarla, hace una pregunta y recibe una lección. Esta resulta una buena introducción para comprender la incidencia de este pecado capital en la vida humana, para dolerse y desear su expiación.

La pregunta de Dante se refiere a lo recientemente visto en el piso inferior: "¿Por qué tanto enflaquecen / donde el nutrirse ya no corresponde?"<sup>11</sup>. Se diría que todavía le cuesta comprender que sólo se trata de almas... Pero justamente es una buena ocasión para

11. XXV, 20-21.

recordarle que Dios crea cada substancia espiritual humana para hacerla alma —ánima—, para animar un cuerpo, cuya vitalidad asume y a través del cual conoce y se manifiesta: "un alma sola" a la vez que "vive, siente y reflexiona"<sup>12</sup>.

De donde también, después de la muerte, esta substancia espiritual humana, creada como "forma corporis", conserva esta "virtud informadora" y sigue tendiendo a irradiar en un cuerpo. Cabría imaginar entonces lo que le explican a Dante: que ella proyecta una "apariciencia" o "sombra" provisoria, tanto o más expresiva que el cuerpo del que fue despojada, ya que: "según son los afectos y deseos / la sombra los asume y los figura"<sup>13</sup>.

Esta concepción, que le permite al artista representar y describir a las almas en el más allá, traduce mucho más que una mera fantasía poética. Comentando este pasaje, Romano Guardini hace notar que "penetramos por ella en lo más íntimo de la filosofía de Dante: en su doctrina del corazón; esta "no tiene nada que ver con el concepto sentimental de los tiempos modernos", sino con la tradición que va de San Agustín a San Bernardo y los grandes franciscanos como San Buenaventura y que posteriormente retomará Pascal. Guardini observa:

El corazón posee el rigor del espíritu y la plenitud de posibilidades de la materia. En él, el espíritu y la materia se aproximan con amistad y fecundidad, de modo que el simple espíritu se vuelve alma y el mero cuerpo material se convierte en cuerpo humano<sup>14</sup>.

En el concepto de corazón se expresa lo que es el hombre: espíritu encarnado y cuerpo espiritualizado; "horizonte" —como dirán los renacentistas italianos— entre el reino de los espíritus puros o ángeles y el reino de la naturaleza; resumen de la creación. Y este parentesco e interpretación de los dos ámbitos, realizado por Dios al crear al hombre, alcanza una plena y admirable manifestación en la Encarnación del Verbo, en Dios que se abaja y asume personalmente una naturaleza humana completa, cuerpo y alma. Más aún: los reasume, con su resurrección y ascensión, para la eternidad.

En la *Divina Comedia*, las almas esperan su propia resurrección y las del Purgatorio se preparan para esto: para que, al recibir sus cuerpos definitivos, puedan informarlos e irradiarse en ellos, totalmente buenas y bellas: "la revestida carne aleluando" (XXX, 15).

12. *Idem* 75.

13. *Idem* 106, 107.

14. Romano Guardini, *Dante visionnaire de l'éternité*, Seuil, pp. 159-160.

De ahí la dignidad de todo cuerpo humano, al que su alma debería amar y respetar como a su compañero de ruta y de eternidad. San Francisco de Asís, compatriota de Alighieri, no mucho antes que él hablaba del "hermano cuerpo".

De ahí entonces la gravedad de la lujuria, y de la sensualidad en general. El lujurioso desprecia la dignidad del cuerpo: el suyo y el del prójimo; lo rebaja y lo trata como mera materialidad de la que usa y abusa. Evidencia con ello una duplicidad que no siempre advierte: por un lado dispone del cuerpo como juguete de entretenimientos pasionales y por otro lado llega a desentenderse de este y a pensarse como puro espíritu. Sin embargo, si envilece lo corporal, a su vez degrada su alma, que se materializa. Sus sentimientos se sensualizan y lo que debiera ser un "corazón de carne" se vuelve un "corazón de piedra"<sup>15</sup>. Lo que hace el lujurioso so pretexto de "amor", y llamándolo "amor", ya no es tal —ni el amor de sí mismo, ni amor del prójimo, ni amor de Dios—. Dante ve bien esto al poner a los lujuriosos contumaces en el infierno, entre los que "han perdido el Bien del intelecto".

Pero a los arrepentidos y perdonados de este pecado y vicio se les concede en este piso purificar su corazón. Y se trata de una purificación en sentido estricto, pues se someten a la acción del fuego (en griego: πυρ). Así como el fuego físico actúa sobre el oro y los metales preciosos para refinarlos desprendiendo las escorias que los cubren, así este fuego purgatorial, que no es sino el amor curativo de Dios, obra en el "oro ennegrecido"<sup>16</sup> que son estos preciosos corazones humanos que Él creó y redimió para quitarles su cáscara de sensualidad materialista.

El poeta describe esta "cura" del fuego, así como la liturgia que la acompaña, y da "pasta" a los pacientes, nutriéndolos para desarrollar un nuevo modo de ser y de sentir, en castidad:

Allí la escarpadura lanza llamas.

.....

"Summae Deus clementiae" en el seno  
de un gran ardor oí que se cantaba,

.....

y vi almas que andaban por las llamas.

.....

Luego del fin que dieron a este himno,

15. Cf. Ez 36, 26.

16. La expresión es de San Bernardo de Claraval.

gritaban alto: "Virum non cognosco",  
y el himno en tono bajo retomaban.

Al final, aún gritaban: "En el bosque  
se quedó Diana y presto arrojó a Hélice  
que conoció el tósigo de Venus".

Tornaban a cantar; después nombraban  
alto a mujeres y maridos castos  
según virtud y matrimonio imponen.

Y este modo sin duda ha de bastarles  
todo el tiempo que el fuego los abrase:  
con tal cura conviene y con tal pasto  
que la llaga por fin se cicatrice.

(XXV, 112-139)

El "oficio" cotidiano de estos penitentes consiste en alternar el himno *Summae Deus clementiae* con lecciones de amor casto. Estas cambian, pero el himno se repite e intercala entre ellas como un canal meditativo que da la tónica y encauza la plegaria. Vale la pena transcribir algunas estrofas para conocer los sentimientos y peticiones de las almas entregadas de buen grado a su purificación:

Dios de suma clemencia,  
autor del orden del mundo,  
que, trino y uno, estableces  
todo con tu fuerza bienhechora,  
acoge, benigno, nuestras lágrimas  
y cánticos piadosos,  
y que gocemos más de ti  
con un corazón purificado de inmundicias.  
Inflama nuestras entrañas  
de conveniente fuego de amor...

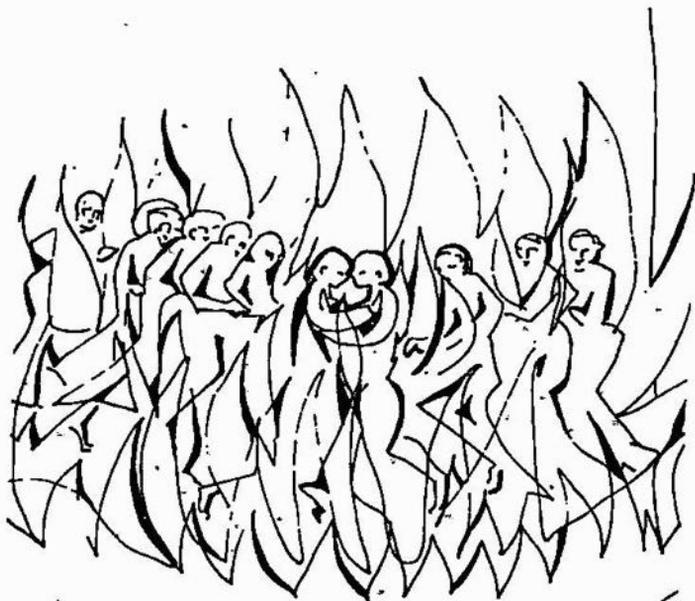
Las almas invocan a Dios que todo lo ordena para suplicarle que les reordene el corazón. Ya lo han rectificado y convertido hacia Dios, y ahora les urge sacarse de encima la vieja escoria para verlo y gozarlo más según lo dicho por el mismo Maestro: *dichosos los puros de corazón, pues ellos verán a Dios*. Nuevamente aparece aquí el corazón como facultad intelectual: es como un ojo de cuyo grado de limpieza depende el ver... Saben además que la gracia lo potencia, aumentando con ello el ímpetu volitivo o llama de amor. Es lo que imploran al final: que este fuego crezca y se adecúe a la medida del inmenso objeto divino: "con llamas congruentes de caridad...".

Pero esta petición, que menciona la "caridad", implicó también el ruego de amar adecuadamente al hermano (y a sí mismo). En esto estriba precisamente el "amor casto" o virtud de castidad: en amar recta, justa y proporcionadamente a las creaturas, hijas de Dios. El himno pide, pues, un completo reordenamiento y regulación del corazón, cuya consecuencia es adquirir el buen hábito de amor al prójimo que se llama virtud de castidad.

La castidad, en cuanto rige las relaciones intersexuales de marido y mujer, supone la templanza o ajuste del apetito. Pero de ningún modo es lo que suele creerse: un mero abstenerse de comercio carnal. Por otra parte, ¿de qué les serviría esto a quienes ya no tienen cuerpo? Ellas, y los que aún lo tienen, como Dante, deben aprender aquí lo que enseñan las lecciones propuestas a continuación: que la castidad, virtud del corazón o espíritu humano, puede volcarse en dos cauces: tanto en la virginidad como en el matrimonio.

La primera lección ofrece el prototipo de virginidad consagrada: la Virgen María. La frase *Virum non cognosco* forma parte de la pregunta que ella le formula al Ángel en la Anunciación: ¿Y cómo se hará esto, puesto que yo no conozco varón? La "llena de gracia", que ya ha correspondido a la dilección divina con una entrega total de sí misma que incluye la virginidad, quiere saber cómo es que llegará a ser madre, tal como se lo propone el Ángel de parte de Dios. Y la contestación: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por lo cual el niño será llamado Hijo de Dios*, no sólo la ilumina a Ella, sino a todas las mujeres que seguirán su ejemplo. En el Reino de Dios la virginidad es una gracia, y una respuesta a la gracia. Es un desposorio con Dios, divinamente fecundo. A las vírgenes cristianas consagradas se les concede ser madres al modo de la Virgen Madre: así como ella concibió y dio a luz a Cristo, ellas conciben y dan a luz a muchas almas cristianas. Y resplandece en ello el misterio del "amor casto": amar al prójimo "con adecuado fuego de amor", amar su bien, querer que llegue a ser lo que Dios quiere que sea, un cabal hijo suyo.

El segundo ejemplo, extraído de la mitología grecorromana, presenta a Diana, la diosa virgen, rechazando de su grupo de compañeras, igualmente vírgenes, a una que sucumbió a la tentación de Afrodita. Parece gritar en la conciencia de los ex-lujuriosos como para avergonzarlos: si hasta en el paganismo precristiano se valoró la virginidad consagrada, ¿cuánto más nosotros, después del consejo evangélico!



"Y vi almas que andaban por las llamas, *Carnique,*  
besarse cada sombra una con otra,  
sin detenerse, alegre por la fiesta."

- Purgat., 7<sup>a</sup> cornice, c. XXVI -

Por último, los ejemplos de castidad matrimonial, en que se cumple lo que observé anteriormente: los maridos y mujeres nombrados fueron castos porque se ajustaron al ordenamiento dado por Dios: se amaron adecuadamente, tradujeron su amor regulando el apetito sexual y se dispusieron a la fecundidad física y espiritual.

Después, Dante presencia un ritual sorprendente. Para cumplirlo, las almas forman dos grupos dentro de las llamas:

En medio del camino despejado  
llegaba gente que enfrentaba a esta.

.....

De una parte y de otra se apresuran,  
y se besa una sombra y otra sombra  
sin detenerse, alegre, por la fiesta.

Cumplido ya el amistoso encuentro,  
antes que el primer paso los aleje,  
en gritar alto todas se fatigan:

y "Sodoma y Gomorra", las que llegan,

y las otras: "Pasífae entró en la vaca  
para que el toro a su lujuria corra"  
Una gente se va, la otra viene;  
torñan, llorando, a los primeros cantos  
y a gritar lo que más las favorece.

(XXVI, 29-48)

Los dos grupos de ex-lujuriosos que corren a su mutuo encuentro y a dárse un beso fueron en vida lo que expresan con sus gritos: homosexuales y los otros no.

Este rito resulta triplemente significativo. Lo es, primero, como penitencia. Al enfrentarse dan la cara y se acusan abiertamente de su pecado. Y lo que uno de ellos dice, "culpándose ayudan al ardor con la vergüenza", vale decir: colaboran con las llamas que Dios les brinda, y se limpian con su sentido arrepentimiento.

En segundo lugar, el rito representa su convicción de que su antiguo vicio fue un desborde al que hay que ponerle límite. Puesto que, como dice el alma, "la ley humana no respetamos, siguiendo como bestias la apetencia", ahora simbolizan su voluntad de limitarla al detenerse uno frente al otro.

Y tercero, este rito figura y estimula lo que piden insistentemente en el himno litúrgico, repetido antes y retomado después: poder regular sus buenos sentimientos hasta lograr un mutuo y "adecuado fuego de amor".

Los tres niveles de significación del ejercicio penitencial trabajan en pro de la "medida" y del "ajuste" de las atracciones humanas. Pero el último indica el paso decisivo hacia la realización del "amor casto". ¿Qué es este, en última instancia, sino el amor de *amistad*? Como ya lo decía Platón<sup>17</sup>, cuando dos personas que se atraen superan la lujuria (tanto hetero como homosexual), quedan libres para poder ser amigas.

La amistad es la cúspide del amor humano, y además el único perdurable en la eternidad dichosa. Así se ve en los frecuentes encuentros amistosos de Dante a lo largo del *Purgatorio* y en los que se verán en el cielo. Y así lo confirma este rito con su quasi-sacramental "beso de paz". En medio de las llamas que no sólo depuran sino inflaman el verdadero amor, estas almas que lo van logrando con la ayuda de esa gracia, se alegran durante este beso

17. En el *Fedro*; véase mi artículo *Eros y Philia*.

fugaz, en esta "fiesta" que preludia a la eterna fiesta de amistad celestial, compartiendo el Sumo Bien.

Cabe recordar al respecto lo dicho por Virgilio:

Ese bien infinito e inefable  
 que está en lo alto, hacia el amor desciende  
 cómo a cuerpo luciente baja un rayo.  
 Y más se da si más amor encuentra,  
 y cuántos más aspiran a lo alto,  
 más grato es el amar, y más se ama  
 y uno responde al otro como espejo.

(XV, 67-75).

Resalta allí el estrecho vínculo que hay entre la amistad y el amor a Dios. Como bien lo vio Platón y fue confirmado por tantos testimonios de amistad entre cristianos —entre ellos San Agustín, los Padres Capadocios, San Bernardo—, la amistad se enciende cuando alguien descubre en otro una chispa del Bien Divino (y viceversa), crece al compartirse el anhelo de Dios, y por lo tanto llegará a plenitud ante su presencia.

Dante concibe el logro de la amistad o "amor casto" como último peldaño del ascenso purgatorial hacia Dios, porque significa reconocer al que nos atrae como "imagen de Dios". Una vez limpia la mirada del corazón para ver a Dios en los hermanos, sólo resta verlo a Él cara a cara. Y esta es la grata promesa que oye Dante de boca del Ángel: *Felices los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.*

El día se iba  
 cuando el Ángel de Dios alegre vino.  
 Fuera del fuego estaba, en la ribera,  
 y cantaba "Beati mundo corde"  
 con voz harto más viva que la nuestra.  
 "Ya más lejos no iréis, si antes no os muerde,  
 almas santas, el fuego; entrad, pues, adentro,  
 y al cantar más lejano no seáis sordas.

(XXVII, 5-12)

A Dante también se le impone entrar: ¡la promesa lo alienta, pero el fuego lo aterral! En vano lo anima Virgilio, recordándole que "esto suplicio es, pero no muertel" Pero consigue que supere el miedo cuando le declara que detrás del fuego verá a Beatriz. ¡Beatriz, la amada, la amiga, cuyo rostro y sonrisa le descubrieron a Dios, la

que intercedió por él cuando andaba descarriado y perdido y obtuvo que se le concediera la gracia de hacer este itinerario curativo

Así, pues, Dante, si bien no está preparado para contemplar a Dios cara a cara, sí lo está para atisbarlo en esta imagen suya. Con este incentivo, se somete a la última purificación. Y merece oír al final ese cantar más lejano al que se había referido el Ángel:

¡Venite, benedicti Patris mei!  
resonó en una lumbre que allí estaba,  
tal, que vencido no logré mirarla.

(XXVII, 58-60)

¡Venid benditos de mi Padre! —saluda Jesús por boca de su ministro angélico en el rito de bienvenida al Paraíso—...*porque tuve hambre y me disteis de comer, sed y me disteis de beber, estuve desnudo y me vestisteis...etc.* Y Dante, así recibido, podría haberle preguntado: "¿Cuándo?". Si no lo hace es porque aprendió que todas las virtudes de las que sucesivamente se fue impregnando en los estadios purgatoriales, y en especial esta última, lo predisponen a reconocer y socorrer a Cristo en el prójimo cuando regrese a la tierra, hasta tanto le toque gozar directamente de su visión en el reino eterno. San León, comentando la bienaventuranza que promete ver a Dios a los "limpios de corazón", dice: "¿Qué significa tener limpio el corazón, sino desear todas las virtudes que nos preparan para un premio tan grande?"<sup>18</sup>.

Las virtudes encaminan a Dios, no sólo en cuanto facilitan la práctica de la caridad, que las resume a todas y las corona, sino también en cuanto a la capacidad de ver y admirar a Dios en todo. Quien ama a Dios desea conocerlo, entenderlo, penetrar su obra y sus designios.

Y esto es lo que se le anuncia a Dante al cabo de su escalada. Al amanecer del tercer día, miércoles de Pascua, Virgilio le declara:

El dulce fruto que por tantas ramas  
buscando va el anhelo de los hombres  
hoy apaciguará al fin tu hambre.

(XXVII, 115-117)

Esta última jornada, en la cumbre de la montaña, será una jornada de conocimiento, de encuentro contemplativo: anticipo gozoso de la plena visión celestial.

18. San León Magno, *Sermón 95 sobre las bienaventuranzas*; PL 54

### III - Liturgia en el Paraíso terrenal

Al imaginar al Purgatorio como una montaña penitencial, curativa y embellecedora, el poeta florentino refleja la doctrina católica sobre la acción de la gracia santificante, devuelta al hombre después del pecado original por la redención de nuestro Salvador: le otorga nuevamente la vida sobrenatural de hijo de Dios y restaura su naturaleza herida por aquella culpa.

¿Quiénes se encuentran abajo, al pie de la montaña? Almas redimidas, a las que se llama "santas", "dichosas", "seguras", porque se acogieron al perdón divino y, como hijas de Dios, tienen asegurado la meta y lo que les resta de camino. Pero se las ve desconcertadas, lentas, sin fuerzas, lo que corresponde a la debilidad y poco desarrollo de sus facultades. En las sucesivas etapas purgatorias se las ve ir recobrándose, según sean sus carencias. Algunas, durante un tiempo, deberán disponerse a los tratamientos: son las arrepentidas a último momento, las que no aprovecharon la gracia en vida y desperdiciaron por completo dichas facultades. En las cornisas, en cambio, hay almas ya dispuestas y entregadas de buen grado a las terapias que les tocan. Tampoco todas las almas que desembarcaron en la playa pasan por todas las etapas: esto depende de su estado al llegar. Estacio, por ejemplo, dice haber estado un tiempo expiando la soberbia, y otro tiempo en el piso de los aváros por ser despilfarrador, desmesura opuesta a la avaricia, y allí acaba por completo su purgación. También influyen las oraciones de los vivos, como es el caso de Forese Donati, quien directamente fue a parar al rellano de la glúá gracias a los abundantes ruegos de su mujer.

Ahora bien, nadie llega a la cima de la montaña sin estar plenamente reconstituido y en forma. La distancia que media entre abajo y arriba es la que va entre ser un arrepentido y perdonado, y ser un hombre cabal. La cumbre de la montaña marca la medida de lo que Dios quiso que fuera el ser humano cuando lo creó. Por ello el poeta coloca allí el Paraíso terrenal.

Pero puesto que la redención de Cristo es la que recrea y plenifica al ser humano, el poeta hará revivir allí, como en un gran escenario, la representación alegórico-litúrgica del plan salvífico de Dios y su realización en la historia de la Iglesia.

Y no sólo eso: dramatizará la historia personal de Dante enmarcada en ese plan y en aquella historia.

### **El paraíso perdido y reencontrado**

La llegada de Dante a la cima de la montaña constituye en primer lugar un reencuentro consigo mismo y con la creación.

Reencuentro consigo mismo en cuanto hombre, con sus posibilidades y su dignidad. El poder orientarse y desenvolverse rectamente, sin necesidad de nadie que le señale el objeto ni le marque la regla, en plena disposición de su libertad, es el primer descubrimiento, señalado por quien hasta entonces fuera su paternal preceptor:

Cuando la entera escala quedó abajo  
y el supremo peldaño fue alcanzado,  
presto Virgilio fijó en mí los ojos,

y dijo: ...

"Ahora a tu placer toma por guía.

Mira allí el sol que frente a ti reluce,  
mira hierbas y flores y arbolillos  
que aquí la tierra por sí misma cría.

No esperes ya mi dicho ni mis señas:  
libre, derecho y sano es tu albedrío,  
error sería no seguir su aviso,  
y así por eso te coronó y mitro.

(XXVII, 124-142)

¡Solemne declaración que dice la grandeza y señorío otorgados por el Creador a su creatura humana! Dante ha recobrado toda su dignidad de hombre-hijo de Dios. El intelecto, despejado y sobreiluminado por la gracia, le permitirá explorar la creación que tiene delante y penetrar sus secretos. Ya no hay peligro de entretenerse o distraerse: su voluntad busca a Dios de buen grado, y en ella sólo descubrirá sus maravillas.

Eso es lo que hace de inmediato: adentrándose en un bosque, al que describe como "divina floresta, espesa y viva", camina "lento, lento", sólo ocupado en contemplar. Goza del "suelo aromado", del "aura dulce" y de la melodía que en los árboles entretejen el canto de los pájaros y la brisa en las hojas. Es decir: redescubre la armonía de la naturaleza.

Llega así hasta un riacho cristalino, tras el cual se extiende un prado florido y primaveral. Se trata justamente del "paraíso terrenal": aquel islote privilegiado en el que Dios colocara a la primera pareja humana. Luce allí la creación en su estado prístino,

brotando, floreciente, de las manos del divino Artífice. Sólo una mujer guarda y disfruta del jardín encantador. Lo hace de dos maneras: recogiendo flores y cantando. Esto simboliza las dos posibilidades que la creación brinda al ser humano: usar de ella y celebrarla, la vida activa y la vida contemplativa. El poeta recalca que "su bello rostro y su canto revelan el amor que arde en su corazón: el amor a lo creado y a su Creador. Este canto es el salmo 91:

Bueno es celebrar al Señor,  
y salmodiar tu nombre, oh Altísimo:  
con salterio de diez cuerdas y con lira,  
con cántico y con cítara.  
Pues Tú me deleitas, Señor, con tus obras,  
y exulto con las obras de tus manos.  
¡Qué magníficas son tus obras, Señor,  
qué profundos son tus designios!  
El ignorante no lo entendió  
y el insensato no lo captó...

Esta mujer que "va cantando como dama enamorada" se acerca a Dante y sus compañeros para hacerles compartir el salmo y con ello, despertar más sus inteligencias. Les dice:

La luz que da el salmo "Delectasti"  
os puede desnublar el intelecto.

(XXVIII, 80-81)

Así se cumple un primer aspecto de lo anunciado por Virgilio al pisar la cumbre de la montaña: Dante empieza a saciar su hambre de Dios penetrando y deleitándose en los designios divinos que se manifiestan en sus obras magníficas.

### **El plan providencial de la salvación**

La segunda forma de saciar su hambre de Dios será entender su providencial plan salvífico. Incitándolo nuevamente a usar su intelecto, la bella dama le previene: *Hermano mío, ¡mira y oye!*<sup>19</sup>.

Entonces Dante, situado a un lado del riachuelo, presencia del otro lado, en el escenario del paraíso, la aparición de una espectacular procesión.

Antes que nada ve venir siete candelabros con llamas de fuego, figura del Espíritu Santo y sus siete dones, y oye cantar el

19. XXIX, 15

*Hosanna*: celebración del Dios altísimo y anuncio de la venida del Señor, preparada por el Espíritu Santo que inspiró a los profetas y que hizo concebir a María. Representando esto, bajo esas llamas místicas que extendiéndose hacia atrás le hacen de palio procesional, avanzan veinticuatro ancianos —los veinticuatro libros del Antiguo Testamento— coronados de lirios —símbolo de su fe— y cantándole a nuestra Señora, por medio de quien se cumplieron sus profecías: ¡Bendita tú entre las mujeres!

Luego Dante presencia la entrada triunfal del Esperado: no como entrara en Jerusalén, montado humildemente en un borrico, sino tirando él mismo de un carro que recuerda a los de los vencedores romanos, sólo que los supera en esplendor. Lo custodian cuatro animales, cada uno de los cuales posee seis alas todas llenas de ojos: son como los serafines, los descritos por el profeta Ezequiel y por San Juan en su Apocalipsis, los que tradicionalmente simbolizan a los cuatro evangelistas porque, así como aquellos serafines ven a Dios en lo alto, así también estos vieron a Dios Encarnado y dan testimonio de ello en sus libros:

El espacio cerrado por los cuatro  
 contiene un carro, con dos grandes ruedas,  
 que va, triunfal, tirado por un Grifo:

...

en cuanto ave, tenía miembros de oro;  
 blancos los otros, de bermejo mixtos.

(XXIX; 106-114)

En esta escenificación alegórica, Jesucristo es figurado por el Grifo. Este animal fantástico se presta a ello por tener alas de águila y cabeza y cuerpo de león, aludiendo al Verbo Encarnado: Dios y hombre. Los miembros de ave, es decir las alas, corresponden a su naturaleza divina, y por eso también son de oro. Los otros, es decir las patas, tienen el color de la piel humana y están manchados de bermeja sangre, sugiriendo su sacrificio en la Cruz. Como en la imagen del "Cordero degollado" del Apocalipsis de San Juan, eternamente presente ante el Padre con las huellas de su pasión, así también la sangre no borrada en el Grifo dantesco muestra el valor perenne de este acto sacrificial del Dios Encarnado.

Con este acto reconquistó a los hombres para Dios. Con este acto derrotó el poder del pecado y de la muerte y los ganó para la vida eterna: "atándolos a su carro triunfal", como dice el apóstol Pablo. De aquí procede la imagen dantesca: el carro triunfal del

que tira el Grifo es su Iglesia. Con las alas —“que tanto alzaba que no se veían”— la eleva hacia el cielo, si bien al mismo tiempo esta sigue andando y avanzando con sus dos grandes ruedas, recogiendo a través de los siglos a los rescatados de Cristo.

Cristo, unido a su Esposa la Iglesia, es el centro de la historia, así como el Grifo y el carro triunfal del que tira están en el centro de la procesión. A esta realidad de amor nupcial tiende el tiempo anterior signado por la profecía. De esta realidad dimana el testimonio de amor de la Escritura neotestamentaria, cuyos siete libros están representados por otros tantos ancianos que cierran el cortejo, coronados de flores rojas, “ardientes”, dice el poeta, porque son el símbolo de ese amor que predicán.

Contemplando esta procesión alegórico-litúrgica que marcha sobre el paraíso perdido y reencontrado, se comprende que es la Iglesia la que renueva la faz de la tierra. Dante penetra así el designio de Dios, el sentido de la historia: la salvación de los hombres que realiza Cristo por medio de su Iglesia.

### La historia personal de Dante

Después de entender esta grande y universal historia de Amor, le es dado a Dante saciar su hambre de sapiencia con la comprensión de otra historia de amor, más pequeña pero muy importante para él: la historia de su salvación personal.

La procesión se detiene y queda como un fondo, y para mostrar que esta salvación de Dante es obra de Cristo a través de Beatriz, o mejor dicho de “Cristo en Beatriz” —“Cristo que vive en mí”, como dice el Apóstol—, hay alguien (el anciano que representa el *Cantar de los Cantares*) que, refiriéndose a Beatriz, llama: ¡*Veni, sponsa de Libano!*! a lo que responden mil voces de acogida, que cantan ¡*Benedictus qui venit!*! ¿Quién llega, la esposa del *Cantar de los Cantares* o aquel a quien saludaron los niños de Jerusalén gritando *Bendito tú que vienes en nombre del Señor?* Los dos, pues la aparición de Beatriz en la vida del poeta florentino significó el primer llamado del Señor. Y en nombre del Señor viene ahora para recordarle todas sus intervenciones salvíficas, mientras vivió y luego desde el cielo.

De allí baja la santa mujer con custodia de ángeles y, conmovido hasta lo más íntimo, tanto por el amor que ella renueva como por la vergüenza de haber sido indigno de ese amor. Dante deberá

oír de sus labios la lista de sus deslealtades para con ella, lo que vale decir, de sus traiciones a Cristo.

En este momento interviene los ángeles para recitar —indica el poeta— el salmo *In te, Domine, speravi* hasta el versículo que acaba en *pedes meos*<sup>20</sup>:

En ti, Señor, he puesto mi esperanza:  
no quede yo nunca defraudado;  
tú que eres justo, sálvame.

Inclina tu oído hacia mí;  
ven a prisa a libramme:

Sé la roca de mi refugio,  
un baluarte donde me sálve.

Tú que eres mi roca y mi baluarte,  
por tu nombre dirígeme y guíame.

Sácame de la red que me han tendido,  
porque tú eres mi amparo.

En tus manos encomiando mi espíritu:  
tú, el Dios leal, me librarás.

Tú aborreces a los que adoran ídolos inertes,  
mas yo confío en el Señor.

Tu misericordia será mi gozo y mi alegría,  
porque te fijaste en mi aflicción,  
velas por mi vida en peligro.

No me has entregado en manos del Enemigo,  
y en un campo ancho has puesto mis pies.

(Salmo 30, 1-9)

Esta liturgia angélica le da palabras a los sentimientos de Dante: dice su esperanza y confianza, y refleja su historia: sus caídas, sus tentaciones, el entregarse a falsos amores —"ídolos inertes"— así como la constante ayuda divina. Dante se refugia en Dios, su roca, cuya firmeza y fidelidad ha conocido a través de la constancia de Beatriz.

Este ha sido el designio de la Providencia y la clave de su vida: salvarlo por medio del amor de Beatriz. Recién a esta altura puede Dante comprenderlo a fondo porque su intelecto está purificado y aclarado. Abajo, en la puerta del Purgatorio, había hecho una confesión que, si bien sincera, era un poco vaga. Reconoció haber caído en los siete pecados capitales, y los expió. Pero aquí se trata

20. XXX, 83-84

de confesarlos y llorarlos a la luz del particular designio divino: así, ya no son solamente fallas morales, sino auténticos rechazos e infidelidades. Al Dios que personalmente se hizo presente en su vida, Dante debe responderle personalmente con perfecta contrición. Esto es lo que aquí sucede, desde el momento en que esta santa amiga se presenta y lo intima: "¡Mírame bien! Bien soy, bien soy Beatriz" (XXX, 73). Dante ha de enfrentar ese rostro que refleja el rostro de Cristo.

Entre él y la enviada de Cristo se halla el riachuelo cristalino, símbolo y medio eficaz de esta segunda y muy personal confesión. Allí puedē espejarse:

Puse mis ojos en la fuente clara  
y al verme los volví sobre la hierba,  
tanta vergüenza gravitó en mi frente.

(XXX, 76-78)

Ante estas aguas ha de llorar:

El designio de Dios quedaría roto  
si se pasase el río, y su bebida  
fuese gustada sin algún escote  
de compunción que se derrame en lágrimas.

(XXX, 142-145)

Luego, confesarse:

Llorando dije: "Todas esas cosas  
con su falso placer me desviaron  
tan pronto vuestro rostro quedó oculto".

(XXXI, 34-36)

Y finalmente comprender el sentido de esta muerte como llamada divina:

Pues bien debiste ante la experiencia  
de las cosas falaces, ir más alto  
detrás de mí, que ya no era mudable.  
No debiste dejar caer tus alas...

(XXXI, 55-58)

Seguirla, entonces, hubiera sido penetrar el hondo significado de la mediación del amor humano: una invitación a pasar de lo visible a lo invisible, del reflejo a la realidad que se manifestaba

en él. Ella, la mediadora, actúa como tal. Nuevamente le dice que la mire. Y ¿qué ve?:

Y mis ojos aún poco seguros  
miraron a Beatriz vuelta a la fiera  
que es persona en dos naturalezas.  
Bajo su velo y más allá del río  
ella vencía a su belleza antigua...

(XXXI, 79-83)

En esta escena el poeta hace coincidir la vieja intuición platónica con el misterio cristiano: el enamorado espeja el objeto amado y nosotros reflejamos a Cristo, "nuestra vida", por lo cual —según el Apóstol— *se manifestará plenamente lo que somos cuando lo veamos cara a cara*. Beatriz está embellecida porque mira a Cristo, y mirándolo le indica a Dante el verdadero objeto del amor que ella despertó. De este modo él se da cuenta, "reconoce" y llega a la perfecta contrición.

Merece, con ello, ser sumergido en el "río sacro" y beber de su agua. Dante lo llama Leteo porque produce el olvido definitivo de los pecados borrados por la gracia, tal como lo expresa el canto que acompaña a este rito:

Cuando llegué a la dichosa orilla  
"Asperges me" oí tan dulcemente  
que recordar no puedo, ni escribirlo...

(XXXI, 97-99)

Se trata de versículos del salmo 50, liturgia de purificación que la Iglesia hace antes de empezar las misas solemnes:

Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;  
lávame: quedaré más blanco que la nieve.  
Aparta de mi pecado tu vista,  
borra en mí toda culpa.

(Salmo 50, 9-11)

Cumplido el rito, pasado el río, tendrá lugar el pleno reencuentro con Cristo y con Beatriz, su mediadora. A partir de este momento ella, sin dejar de ser la mujer real, representará además la ciencia teológica. ¿Cómo no habría de otorgarle Dante este rol alegórico a quien le hiciera conocer a Dios? Así, toda la escena siguiente se enriquece con este doble significado, que redobla el gozo del encuentro.

Dante es conducido por las cuatro virtudes cardinales —la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza— ya adquiridas por él, y que constituyen las condiciones necesarias para el conocimiento sobrenatural, según ellas mismas se encargan de puntualizarlo:

Antes que Beatriz bajase al mundo  
a su servicio fuimos ordenadas.

Ante sus ojos te llevamos, pero  
otras tres aguzarán los tuyos,  
más hondas por la lumbre que hay adentro.

(XXXI, 107-114)

Importa observar que Dante no va a ver aquí a Cristo como lo verá después en el cielo, en rápida pero directa visión; se lo mostrará la santa mujer en cuyos ojos, se refleja, y se lo enseñará la Teología con su definición "una persona en dos naturalezas", figurada por el alegórico Grifo. De ahí la necesidad de las tres virtudes "hondas": la fe, la esperanza y la caridad, que lo ayudarán a penetrar en el luminoso, pero aún velado misterio.

Hasta el pecho del Grifo me llevaron,  
donde Beatriz miraba hacia nosotros.

Dijeron: "La mirada no escatimes:  
situado estás ante las esmeraldas  
en donde Amor, antaño, usó sus armas".

Mil deseos más cálidos que llamas  
la vista me fijaron en los ojos  
que en los del Grifò aún estaban fijos.

Cual en espejo el sol, no de otro modo,  
la doble fiera irradiaba en ellos,  
o ya con uno, o ya con otro aspecto.

Piensa, lector, si me maravillaba  
viendo cómo la cosa estaba quieta  
aunque se transmutaba en su imagen.

(XXXI, 112-126)

¡Estupenda descripción para explicar lo que Dante experimental: los ojos que lo enamoraron en las calles de Florencia fueron armas, no ya el flechazo de Cupido, sino el flechazo de Dios. Lo siguen enamorando para Él, y ahora ve por qué. No sólo porque Dios hizo a esta creatura "a su imagen y semejanza", sino también porque, al redimirla, la hizo cristiana. Cristo se refleja y vive en ella, según dice San Pablo: *Vivo yo, pero no yo, sino Cristo vive en mí.*

Y en otra parte: Cuando se manifieste Cristo, nuestra vida, se pondrá de manifiesto lo que somos. Y como también dice bellamente Paul Claudel, refiriéndose al Señor: "Celui qui en moi est plus moi-même que moi" <sup>21</sup>.

Así, pues, a Dante se le revelan Cristo y Beatriz. Cristo "en" Beatriz que le muestra alternativamente sus dos naturalezas. Y Beatriz siendo ella misma más que nunca: mirándolo con su "mirada santa" y sonriéndole con su "sonrisa santa". ¡Oh resplandor de viva luz eternal, exclama Dante<sup>22</sup>.

Toda una historia de amor, muy humana y muy divina, queda así confirmada y bendecida.

### **La Teología y la Historia de la Iglesia**

En cuanto es figura de la Teología, Beatriz va a enseñarle algo más: cómo Cristo devolvió esta ciencia a los hombres ligándola para siempre a su Iglesia Católica Apostólica y Romana. Para ello, una nueva dramatización alegórico-litúrgica.

El cortejo que precede y sigue al carro triunfal tirado por el Grifo —que estuvo detenido y dando marco a la revelación del designio divino en la historia personal de Dante— vuelve a ponerse en marcha sobre esa pradera primaveral que representa la creación y la tierra renovadas por la Redención. Ahora avanza al compás de angélico canto hasta llegar a un árbol elevadísimo pero "despojada de toda fronda". Poniéndose a su alrededor, todos murmuran: "¡Adán!", expresando que por su desobediencia perdió el follaje, este espécimen que prodiga la ciencia divina. Luego claman al Grifo para que intervenga. Este lo hace, diciendo:

Así se guarda el germen de lo justo.  
Y vuelto hacia el timón del cual tirara  
lo llevó al árbol viudo de follaje,  
y allí ligó madera con madera,  
.....y el árbol revivió.

(XXXII, 48-59)

La escena es breve pero de extraordinaria elocuencia. Con divina autoridad el que venció en el árbol de la Cruz y timonea

21. Paul Claudel, *Oeuvres poétiques, La Pléiade*.

22. XXXI, 133.139.

la eclesial nave y carro triunfal de la humanidad rescatada, establece y muestra, con su acción, la regla para discernir el bien del mal: la unión y la obediencia a la Iglesia. No se alcanza este conocimiento autónomamente, como lo pretendió Adán, sino a través de esta divina Esposa, depositaria y guardiana, como dice, de "la semilla de toda justicia". En su contacto, injertado en ella, revive el árbol con sabrosos, sapienciales frutos.

Un himno de alegría y armonía que supera la comprensión de Dante saluda esta gracia de Dios.

Lo que sí comprende en seguida, gracias a la acción dramática, es que de la raíz de ese árbol sapiencial se nutre la Teología, ciencia que se desarrolla en la tierra y prepara la visión celestial. Relata dirigiéndose a la bella dama del jardín:

"¿Dónde se halla Beatriz?", pregunté inquieto,  
y ella: "Mira, allí está bajo la fronda  
nueva, sentada en la raíz del árbol;  
mira qué compañía la circunda.  
Los demás, tras el Grifo se remontan  
con un canto más dulce y más profundo".

.....

Sentada estaba en la tierra nuda  
como guardia dejada junto al carro  
que yo vi atar a la biforme fiera.

Claustro le conformaban con su cerco  
las siete ninfas iluminadoras.

(XXXII, 85-98)

Cristo ha ascendido junto al Padre, pero dejó su Iglesia y la Teología, lo cual es otra manera de quedarse, ya que, como lo mostró antes, sigue siendo su alado conductor.

Y ahora la Teología, que está rodeada de las siete virtudes iluminadoras, le reitera esta presencia de Cristo en su vicario romano, y le manifiesta las vicisitudes sufridas por la Iglesia a lo largo de su historia hasta llegar a los días de Dante:

Conmigo serás siempre ciudadano  
de aquella Roma en que Cristo es romano.  
Con todo, en pro del mundo que mal vive  
observa el carro y luego, lo que veas  
esfuérzate y escríbelo, al regreso".

Así Beatriz; y yo, que me encontraba  
devotamente al pie de sus mandatos,  
ojos y mente dirigí hacia ella.

(XXXII, 101-108)

¡Qué buena oportunidad para aclarar Dante su intención, al escribir la *Divina Comedia*! Un testimonio de su pertenencia a la Iglesia y de su punto de vista: ¡siempre obediente a Roma, siempre obediente a su teología!

Esas vicisitudes de la historia de la Iglesia también le son presentadas en forma de sucesivos episodios alegóricos. Las persecuciones del águila imperial romana:

Vi abatirse el pájaro de Júpiter  
sobre el árbol, rompiendo su corteza  
y no las flores y las hojas nuevas,  
y al carro hirió con toda su potencia  
lo sacudió cual nave que pelagra  
en el oleaje...

(XXXII, 112-117)

La astuta herejía:

Y luego vi una zorra que saltaba  
hasta la cuna del triunfal vehículo:  
de buena vianda parecía ayuna.  
Mas con reproche del inmundo yerro  
mi dama la ahuyentó...

(XXXII, 118-122)

Y así siguiendo, hasta una visión, tomada del Apocalipsis y adaptada por el poeta para alegorizar la triste situación de los primeros años del siglo XIV: ve al carro cubrirse de plumas — "quizás ofrecidas con intención santa"—, lo que significa haber sucumbido a la seducción de las riquezas:

Así trocado, el edificio santo  
cabezas emitió por todas partes,  
tres en el pértigo y una en cada ángulo.

(XXXII, 142-144)

Sobre la bestia apocalíptica en que se ha convertido el santo edificio de la Iglesia ve asentarse una ramera, figura de la curia

romana corrompida por el oro. Aparece entonces un gigante con el que coquetea, hasta que

aquel feroz amante  
la flageló sin más, de arriba abajo;  
después, lleno de celos e iracundo,  
al monstruo desató, y por la selva  
muy lejos lo llevó y lo ocultó.

(XXXII, 155-160)

El dramático episodio representa los avances interesados del rey de Francia, Felipe I, el hermoso, para captarse la confianza de la curia romana y dominarla. Es la época en que empezaron las pretensiones "galicanas", y del lamentable "atentado de Anagni", en el que padeció el papa Bonifacio VIII las vejaciones de los legistas enviados de Felipe, el hermoso. Ellos alentaban aquellas pretensiones de autonomía galicana, hasta desconocer la autoridad del Papa. Desafuero que llegó al colmo tras la muerte de Bonifacio, cuando el rey francés, so pretexto de protección, trasladó la sede del Vicario de Cristo a Avignon.

Parecida, y sin embargo muy distinta, es esta presentación de la Iglesia romana a la que Lutero hiciera dos siglos después. Aquí la Iglesia, si bien trastocada, sigue siendo "el edificio santo". Beatriz le hace notar: "Sabe que el vaso que rompió la serpiente es y no es" (XXXII, 34-35). Además subraya la identidad Cristo-Romano Pontífice describiendo su sufrimiento de Anagni como "flagelación", y en general pintando toda esta desgracia de la Iglesia en esos momentos como una renovación de la Pasión:

"Deus, venerunt gentes", alternando  
a tres o cuatro voces comenzaron  
su llorosa salmodia las mujeres;  
y allí Beatriz muy suspirosa y pía  
las escuchaba, casi desolada  
como María al pie de la cruz santa.

(XXXIII, 1-6)

Cristo es crucificado en su Vicario, y las siete virtudes con Beatriz dramatizan la escena con el concurso del adecuado *salmo* 78, como en la liturgia del Viernes Santo:

Oh Dios, vinieron los gentiles a tu heredad,  
han profanado tu santo templo,  
han reducido Jerusalén a ruinas...

Tras lo cual, a modo de litúrgica lección, Beatriz repite las palabras de Cristo antes de su Pasión, refiriéndolas a su Vicario:

*"Modicum, et non videbitis me,  
et iterum", hermanas mías dilectas,  
"modicum, et vos videbitis me".*

(XXXIII, 10-12)

Dentro de poco no me veréis; y de nuevo, dentro de otro poco, me veréis<sup>23</sup>. Así como el Señor les previene a sus discípulos su muerte ya inminente pero les anuncia su resurrección, así también la Teología por boca de Beatriz le enseña a Dante que si la Pasión y Muerte en Cruz se renuevan en la historia —esta vez y otras veces— las sigue y seguirá siempre un glorioso despertar, ya que el Vicario de Cristo tiene su promesa: "Tú eres Pedro —piedra— y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella".

Con esto terminan las visiones reveladoras. Al encargarle que las describa al regresar a la tierra, la mujer que encarna la ciencia teológica de la Iglesia subraya la santidad e inalterabilidad de la misma, y que sea respetada:

Y ten presente, cuando allá lo escribas,  
de no celar cuál viste tú a este árbol  
que aquí dos veces despojado ha sido.  
Quienquiera que lo roba o lo saquea  
con blasfemia de hecho a Dios ofende  
que santo lo creó para su uso.

(XXXIII, 55-60)

Este es el último "dulce fruto" que recoge Dante. Como dice San Efrén: "La palabra de Dios es el árbol que te ofrece el fruto bendito"<sup>24</sup>. Durante su peregrinaje por el segundo reino del más allá —y el que más se parece al de acá— fue abrevado por la Palabra de Dios, presentada litúrgicamente, para descargarse de vicios y enriquecerse de virtudes. Recobró así su dignidad de hombre y de cristiano. Se reencuentra consigo mismo y con la creación. Reconoció el plan salvífico de la Providencia y el designio de Dios en su propia vida. Apreció la continuación de la obra del Redentor en su Iglesia y saboreó la ciencia divina que ella dispensa.

23. Jn 16, 16.

24. San Efrén, Comentario sobre el Diatessaron 1, 18; S.C. 121, p. 52.

El rito final, beber del río Eunoe —o de "feliz conocimiento"— es para no olvidar todo lo aprendido.

Y en verdad se puede decir de él que cumplió bien el encargo de Beatriz, y que especialmente en este relato del *Purgatorio* merece que se le atribuyan las características que San Bernardo de Claraval descubre en el "sabio":

En estas tres cosas se conocerá que tu boca está llena en abundancia de sabiduría: si confiesas de palabra tu propia iniquidad; si de tu boca sale la acción de gracias y la alabanza; y si de ella salen también palabras de edificación. Porque lo primero que hace el justo al hablar es acusarse a sí mismo; lo segundo es ensalzar a Dios y lo tercero —si a tanto llega la abundancia de su sabiduría— es edificar al prójimo<sup>25</sup>.

Pampa 3202  
1428 Capital

INÉS DE CASSAGNE

---

25. San Bernardo de Claraval, *Sermón* 15, PL 183, 577-579.